

## **EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD PERSONAL EN LA PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO**

Laura Domínguez García<sup>1</sup>. Universidad de la Habana, Cuba.

### **RESUMEN:**

La existencia de una representación del sujeto sobre su propia persona, de profunda significación afectiva, constituye una indiscutible realidad psicológica, a la que han dedicado especial atención diferentes Escuelas y Teorías de la Psicología. El presente documento presenta una revisión de la manera en que se abordado este concepto en estas escuela y teoría dentro del campo de la psicología del desarrollo.

**Palabras clave:** Identidad, desarrollo psicológico.

## **THE PROBLEM OF PERSONAL IDENTITY IN DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY**

Laura Domínguez García. Universidad de la Habana, Cuba.

### **ABSTRACT:**

The existence of a representation of the subject on his own person, with a deep emotional significance, is an indisputable psychological fact, to which have devoted special attention different theories and schools of psychology. This paper presents a review on the manner in which they approached this concept on the developmental psychology field.

**Keywords:** Identity, psychological development.

La imagen que a lo largo de la vida se forma el hombre de su persona ha sido objeto de análisis e investigación por parte de numerosos teóricos de la personalidad y la motivación. Este interés no es casual, sino que se fundamenta por la enorme importancia que tiene esta formación psicológica, en el proceso de regulación y autorregulación del comportamiento.

Entre los primeros estudiosos de este tema se encuentra William James, quien denominó "yo" a dicha formación, concibiendo su organización en distintos niveles jerárquicos; es decir, el "yo material", el "yo social" y el "yo espiritual".

Este autor señaló el estrecho vínculo existente entre personalidad y autoconciencia, y asumió una posición esencialmente funcionalista. El papel del "yo" lo interpretó desde la perspectiva del proceso de adaptación del individuo al medio, obviando el análisis de sus características internas, propiamente psicológicas.

También la escuela psicoanalítica abordó este problema. Para Sigmund Freud el "yo" constituye un mediador entre las fuerzas contrapuestas del ello, el super-yo y la realidad. La principal función de esta instancia continúa siendo entendida de manera adaptativa pues el "yo" debe "manejar" las relaciones entre los restantes estratos de la personalidad y el medio, apoyándose en los mecanismos de defensa.

---

<sup>1</sup> laura@rect.uh.cu

En cuanto a sus orígenes, el psicoanálisis clásico sitúa como causa principal de su surgimiento el conflicto entre los impulsos internos y las presiones externas, subestimando, a mi juicio, las potencialidades del sujeto para valorar, haciendo uso de su capacidad reflexiva y consciente, sus características personales, necesidades y motivos.

Un punto de vista importante en torno a este tema lo encontramos en la obra de Erik Erikson, quien fuera discípulo de Freud. Erikson influido por la teoría sobre la función adaptativa del yo de Heinz Hartmann (clásico de las indagaciones psicoanalistas sobre la juventud y la identidad), propone una concepción epigenética del desarrollo psíquico.

Este desarrollo, en su criterio, se produce con una secuencia y vulnerabilidad predeterminadas y se ve contrapunteado por la influencia que ejerce la realidad social sobre el individuo.

En su libro (E. Erikson, 1986) "Sociedad y adolescencia", el autor define ocho estadios en el proceso de formación de la identidad personal, que se distinguen por las tareas específicas que el "yo" debe resolver y constituyen momentos críticos dentro de una polaridad determinada.

Esta periodización es la siguiente :

ESTADIOS	POLARIDAD
1ro. Primera infancia	confianza vs desconfianza.
2do. 2 años	autonomía vs vergüenza.
3ro. 3 a 5 años	iniciativa vs culpa.
4to. Etapa de latencia	industria vs inferioridad.
5to. Adolescencia	identidad vs confusión.
6to. Juventud	intimidad vs aislamiento.
7mo. Adultez	generatividad vs estancamiento.
8vo. Madurez	integridad vs desesperación.

Como se observa, en cada una de las polaridades coexisten elementos de integración y desintegración en el desarrollo de la personalidad, y su solución constructiva implica la primacía de los elementos integradores, por sobre aquellos que conducirían a un estancamiento en el proceso de desarrollo de la identidad personal.

Consideramos muy valiosa la propuesta de Erikson, ya que enfatizó el condicionamiento múltiple de este proceso, su carácter especialmente crítico en la adolescencia y la juventud y la importancia de una adecuada solución de cada polaridad para el desarrollo armónico de la personalidad. No obstante, podríamos preguntarnos si estas diferentes polaridades se resuelven siempre hacia uno de sus extremos o si es más probable que coexistan en el sujeto elementos de ambos polos.

Aunque de una parte Erikson acepta los presupuestos básicos de la teoría de Freud ("resistencia interna", "represión", "inconsciente", "significación etiológica de la vida sexual" e "importancia de los experiencias infantiles"), teoría que en su opinión se orienta hacia adentro (lo interno), hacia atrás (la infancia) y hacia abajo (el inconsciente), resalta según pensamos, determinados elementos que trascienden la interpretación freudiana.

A diferencia de Freud, destaca la importancia de la intencionalidad del sujeto y de la influencia de lo social en la formación de la identidad personal. En este sentido expresa (Erikson, 1986, pág. 31): "Me asechaba oscuramente la pregunta de si una imagen del hombre reconstruida con base a la observación

en el laboratorio clínico no carecería de aquello que, en la totalidad de su existencia, le conduce hacia afuera, desde el egocentrismo hasta la mutualidad del amor y el espíritu comunitario, hacia adelante desde el pasado esclavizador hasta la anticipación utópica de nuevas potencialidades y hacia arriba desde el inconsciente hasta el enigma de la conciencia”.

Erikson se refiere al “yo” como identidad personal, como sentido de sí mismo y no como la instancia del aparato psíquico planteada por Freud. Destacó su carácter procesal, su extensión al pasado y al futuro, al estar enraizado en la infancia, y depender para su preservación y renovación, de cada una de las etapas evolutivas subsecuentes. No obstante, su concepción desde nuestra interpretación, resulta limitada al conceder un carácter universal e invariable a esta secuencia, el énfasis en el análisis recae en los determinantes internos (biológicos y psicológicos) y lo social ocupa un plano secundario.

También desde una concepción psicodinámica que se aparta del Psicoanálisis, podemos mencionar a Kurt Lewin y Joseph Nuttin como teóricos de la motivación que destacaron el papel de los factores psicológicos, internos.

Lewin consideró el comportamiento como resultado de la forma en que el sujeto percibe su relación con el medio, por lo que su explicación debe realizarse en términos de “sistema de tensiones” y “valencias del objeto”.

A su escuela le corresponde el mérito de introducir el concepto de “nivel de aspiración”. Esta categoría en las investigaciones desarrolladas por sus colaboradores (T. Dembo, F. Hoppe) fue definida partiendo de la conducta asumida por el sujeto ante la selección de tareas de creciente complejidad y se identifica con el nivel de dificultad de la tarea elegida.

Así, la caracterización del concepto en cuestión queda reducida a la situación experimental en que se estudia y se obvia el papel que desempeña este mecanismo en la vida real del sujeto, donde resulta derivado de sus principales motivos y objetivos.

Siguiendo la tendencia a enfatizar la importancia de los aspectos internos en la regulación motivacional, J. Nuttin desarrolla su obra. Desde un enfoque idealista de las necesidades superiores del hombre, considera la estructura yo-mundo como principal característica de la organización y funcionamiento de la personalidad, así como la tendencia a la realización de sí mismo, el factor fundamental de la motivación humana (D. González, 1972).

Al respecto Nuttin escribe “El hombre se conoce como un organismo que no puede vivir sin alimento, que desea afecto y un cierto standing social, etc., es decir que las necesidades están integradas a su concepción de sí mismo” (J. Nuttin y otros, 1965, pág. 138).

El planteamiento de la estrecha relación existente entre las necesidades de la personalidad y el sí mismo constituye un aspecto positivo de esta teoría. No obstante, este proceso se concibe divorciado del contexto social en el que transcurre la vida del sujeto, al depender, según el autor, de una fuerza interior de esencia genérica.

Entre los teóricos no marxistas es en las concepciones de los psicólogos humanistas donde adquiere mayor relevancia el concepto del yo, denominado generalmente con el término de “self” o sí mismo. Estos autores enfatizan particularmente la importancia de este mecanismo regulador y su carácter consciente.

McDougall, precursor de esta corriente, señala que es la “consideración de sí mismo” el sentimiento dominante en la personalidad que se asocia conscientemente a determinados ideales y regula sentimientos de menor trascendencia.

Abraham H. Maslow concebía la conducta humana determinada por una motivación de crecimiento que permite la “actualización de sí mismo”.

Por su parte, Carl Rogers también destaca la importancia del “self” (sí mismo) para el adecuado desarrollo personal. Su formación debe constituir el objetivo fundamental de la psicoterapia. Este proceso permitirá al individuo convertirse en persona que funcionará de manera eficaz e integrada, original y expansiva, confiada en sus potencialidades y capaz de aceptar mejor a los demás (C. Rogers, 1989).

Finalmente, en los trabajos de Gordon W. Allport encontramos un análisis detallado de la formación del “sentido de sí mismo” y de sus componentes (corporal, identidad, autoestima, imagen, extensión y esfuerzo orientado). El autor elige el término de “proprium” para expresar la integración de estos elementos dentro del sistema de la personalidad, considerándolo un indicador fundamental de su desarrollo. Así lo expresa cuando apunta: “... sí nuestro trabajo, nuestros estudios y aficiones no entran en la esfera del proprium, no podemos decir que somos personalidades maduras” (G. Allport, 1965, pág. 340).

En las consideraciones de los psicólogos humanistas relativas al papel del sí mismo como componente de la personalidad, se repiten las principales limitaciones señaladas a esta corriente en sus elaboraciones acerca de la motivación. A partir de una orientación idealista, enfatizan el carácter psicológico y superior de la misma, pero sin considerar suficientemente los determinantes socio-históricos en el proceso de desarrollo de esta formación y, en especial, la influencia de la valoración social en dicho proceso.

El estudio de la autovaloración en la psicología de orientación marxista, término con el que se ha designado la representación del sujeto sobre su propia persona, se ha enmarcado en los principios teórico-metodológicos generales de esta concepción.

Esta formación ha sido considerada como contenido de la personalidad, determinada en última instancia por las condiciones de vida y educación del sujeto; entre las cuales ocupa un lugar primordial la valoración social.

Desde la infancia temprana, a través de sus relaciones de comunicación y actividad con adultos y coetáneos, el niño recibe diferentes valoraciones de su comportamiento, que se convierten en importante fuente de formación de la autovaloración.

Lo anterior no significa que este proceso tenga un carácter meramente pasivo o receptivo. En su desarrollo la autovaloración va ganando autonomía respecto a los criterios externos y adquiere determinada estabilidad. De esta forma, además de cumplir su función valorativa, se convierte en un elemento activo de la regulación comportamental y en su nivel más desarrollado, favorece la autoeducación de la personalidad.

De manera resumida, vemos que en la psicología soviética algunos autores se dedicaron al estudio del desarrollo de esta formación en la ontogénesis (L. I. Bozhovich, E. V. Savonko, E. A. Serebriakova, N. S. Neimark) en cuanto a su contenido, relación con la valoración externa y componentes (nivel de aspiración, reacciones emocionales ante el éxito y el fracaso, etc.). Otros centraron su análisis en los mecanismos de su función reguladora (A. I. Lipkina).

En nuestro país, partiendo de estas concepciones, se han investigado también diversas cuestiones: la relación de la autovaloración con la estabilidad moral de la personalidad (Otmara González), el desarrollo e integración de sus funciones (Gerardo Roloff), la importancia del análisis de sus contenidos como

criterio de su nivel de adecuación (Fernando González), su vínculo con la formación de acciones de control en la Edad Escolar (Pilar Rico), su influencia en el carácter de las interrelaciones grupales en esta etapa (Amelia Amador), entre otras.

Como criterios teóricos generales que pueden deducirse de los trabajos de los psicólogos de orientación marxista, podemos señalar los siguientes :

Se ha denominado autovaloración a la representación o concepto que elabora el sujeto sobre su persona (en cuanto a cualidades físicas, psicológicas y morales, así como intereses y capacidades). Este concepto posee un importante sentido personal para el sujeto, al vincularse a las esferas de mayor significación motivacional.

La autovaloración como formación motivacional es expresión de la unidad de lo cognitivo y lo afectivo que distingue los contenidos de la personalidad.

Con el surgimiento de la autoconciencia a inicios de la edad pre-escolar, comienza el proceso de construcción de la representación sobre sí mismo, la conformación activa de la autovaloración.

Este desarrollo se vincula a la crisis de los tres años, como resultado de las contradicciones entre las potencialidades crecientes del niño, su aspiración a ejecutarlas y las limitaciones que impone el adulto a su conducta. Aparece una fuerte necesidad de independencia en el niño, al reconocerse como un ser único y diferente de los otros, aspecto que le permite orientar con relativa intencionalidad su comportamiento hacia determinados fines.

Con el ingreso a la escuela se amplían los sistemas de actividad y comunicación que forman parte de la situación social del desarrollo en la edad escolar. Las valoraciones del maestro, los padres y coetáneos contribuyen a que la autovaloración se haga más objetiva al contar el niño con una mayor experiencia para valorar su comportamiento.

A pesar de lo anterior, en esta etapa la autovaloración depende en gran medida de criterios externos, presentando su función subjetivo-valorativa un mayor nivel de desarrollo en comparación con su función reguladora (G. Roloff).

Con la llegada de la adolescencia se abre un período sensible para el desarrollo de esta formación. La crisis de la adolescencia como expresión de la contradicción existente entre las nuevas potencialidades físicas y psicológicas del adolescente (de las cuales este va siendo cada vez más consciente) y las posibilidades con las que cuenta para su realización, se expresa en fuertes necesidades de independencia y autoafirmación.

Surge un nuevo nivel en el desarrollo de la autoconciencia, determinado en gran medida por la necesidad del adolescente de conocerse a sí mismo y ser independiente. La función subjetivo-valorativa y reguladora de la autovaloración comienzan a actuar en unidad (G. Roloff) aunque el adolescente no es capaz de realizar un análisis profundo de sus características personales como sistema. La valoración de su grupo de iguales tiene una importancia significativa pues le brinda criterios a partir de los cuales el adolescente evalúa sus cualidades y conducta.

En la edad juvenil con el surgimiento de la concepción del mundo, la autovaloración adquiere un nivel cualitativamente superior en su desarrollo. El joven logra una representación más exacta de su persona, por lo que la imagen que tiene de sí mismo le permite una regulación más efectiva e intencional de su

comportamiento. Se desarrolla la función autoeducativa de la autovaloración, al plantearse el sujeto objetivos y estrategias orientadas a su autoperfeccionamiento.

### **Consideraciones finales.**

La existencia de una representación del sujeto sobre su propia persona, de profunda significación afectiva, constituye una indiscutible realidad psicológica, a la que han dedicado especial atención diferentes Escuelas y Teorías de la Psicología.

En nuestra ciencia, este contenido de la personalidad ha recibido diferentes denominaciones : "yo", sí mismo y autovaloración (denominaciones utilizadas fundamentalmente por el Psicoanálisis, la Psicología Humanista y la Psicología de Orientación Marxista, respectivamente).

Aún reconociendo las diferentes interpretaciones, algunas de las cuales enfatizan en su carácter estructural mientras otras destacan su papel regulador del comportamiento y también aquellas aproximaciones que proponen concebirla como unidad de contenido y función; en todos los casos, se trata de designar una formación psicológica esencial para caracterizar la capacidad de autoconocimiento y autorregulación que distingue al hombre como sujeto de su comportamiento e incluso algunos destacan su función autoeducativa, de autoperfeccionamiento

En cuanto a los determinantes de su desarrollo, encontramos la clásica dicotomía que ha prevalecido en la Psicología al explicar este proceso : lo biológico o lo social, lo interno o lo externo, como factores que se contraponen o que se subordinan unos a otros siempre en la misma dirección.

La interpretación psicoanalítica aboga por lo interno, enfatizando en aspectos biológicos; la corriente humanista destaca también lo interno, en particular lo psicológico y desde un enfoque marxista, aún conscientes de la mediatización que imponen las condiciones internas a las influencias externas, la tendencia principal ha sido privilegiar el papel de lo social.

Creemos que estas concepciones nos alertan sobre la importancia de los diferentes factores del desarrollo (biológicos, psicológicos y sociales).

Llamémosle "yo", sí mismo o autovaloración a la imagen que va conformando el sujeto sobre su persona, es necesario analizar la influencia que ejerce cada uno de los factores antes mencionados en su proceso de desarrollo. Estos determinantes se encuentran presentes siempre y coexisten de manera necesaria en dicho proceso. Nos corresponde entonces a los psicólogos continuar esclareciendo cuál es su contribución específica en cada etapa y cómo varían sus influencias en el tránsito de un período a otro, con independencia del término elegido para su designación.

En cuanto a sus orígenes y desarrollo para la Psicología de Orientación Marxista, el proceso de formación de la autovaloración sigue el camino de lo externo a lo interno. Los sistemas de actividad y comunicación en los que transcurre la vida del individuo son portadores, desde las primeras edades, de criterios de valoración social de su comportamiento. La valoración externa, social, en un constante proceso mediatizado por las condiciones internas, pasa a formar parte de los contenidos autovalorativos en un plano interno, propiamente psicológico.

El análisis de este tema y me aventuro a decir que de muchos otros, evidencia la imposibilidad de aspirar a una unidad conceptual en la ciencia psicológica hoy. Si es posible alcanzarla en cuestión que pertenece a los especialistas en el futuro.

## **REFERENCIAS:**

- Allport, G. W. (1971) **La personalidad. Su configuración y desarrollo.** Edición Revolucionaria. La Habana, Cuba.
- Domínguez G, L. (2003) **¿Yo, sí mismo o autovaloración?** En: Pensando en la Personalidad. Compiladora: Lourdes Fernández Rius, Editorial "Félix Varela". La Habana, Cuba.
- Erikson, E. (1986) **Sociedad y Adolescencia.** Editores S.A. de C.V. México.
- González S., D. (1972) **La teoría de Joseph Nuttin sobre la personalidad y la motivación.** Edición Revolucionaria, La Habana, Cuba.
- González R., F. (1983) **Motivación moral en adolescentes y jóvenes.** Editorial Científico-Técnica, La Habana, Cuba.
- Nuttin J., Pieron H. y F.Buytenfijk (1965) **La motivación.** Editorial Proteo, Buenos Aires, Argentina, 1965.
- Rogers, C. (1989) **El proceso de convertirse la persona.** Editorial Paidós, S.A. México, 1989.